

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



FÁTIMA 2010

Benedicto XVI
en Fátima

Una peregrinación
bajo el signo
de la esperanza

Consagración
de los sacerdotes
al Corazón
Inmaculado
de María

Los «secretos»
de Fátima

La devoción al
Corazón de Jesús
y la perfección
de la persona



«Pidamos con confianza filial a Nuestra Señora que nos enseñe a traer el Cielo a la tierra: ¡Oh, Virgen María, enséñanos a creer, adorar, esperar y amar contigo! Indícanos el camino hacia el Reino de Jesús, la vía de la infancia espiritual. Tú, Estrella de la Esperanza, que anhelante nos esperas en la Luz sin ocaso de la Patria celeste, brilla sobre nosotros y guíanos en las vicisitudes de cada día, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

Sumario

<u>El viaje apostólico del Papa a Portugal</u>	
Una peregrinación bajo el signo de la esperanza <i>José María Alsina Casanova, hnssc</i>	3
Palabras a los periodistas durante el vuelo hacia Portugal	6
Recibimiento oficial en el aeropuerto de Lisboa	8
Homilía de la misa en Terreiro do Paço, de Lisboa	9
Discurso en el Centro Cultural de Belén (Lisboa)	11
Oración del Papa a la Virgen en la capilla de las Apariciones	13
Vísperas en la iglesia de la Santísima Trinidad (Fátima)	14
Acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María	16
Bendición de las antorchas en la explanada del Santuario	17
Homilía del cardenal Tarcisio Bertone en el atrio del Santuario	18
Homilía en la misa en la explanada del Santuario	20
Discurso en el encuentro con las organizaciones de la pastoral social	23
Discurso a los obispos de Portugal	25
Homilía en la misa celebrada en la avenida de los Aliados (Oporto)	27
Discurso de despedida en el aeropuerto de Oporto	29
Los secretos de Fátima	30
«La mayor persecución de la Iglesia no procede de enemigos externos» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	32
<hr/>	
Contemplando la vida de Cristo. Jesús vuelve a Galilea <i>Ramón Gelpí</i>	35
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	40

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EL pasado mes de mayo, entre el 11 y el 14, el papa Benedicto XVI estuvo en Portugal. Y aunque se desplazó a Lisboa y a Oporto, el centro del viaje fue el santuario de Fátima. Aquí se conmemoraba el décimo aniversario de la beatificación, efectuada por Juan Pablo II, de los videntes Francisco y Jacinta. Por eso, aunque formalmente la Santa Sede habló de un «viaje apostólico», el viaje del Papa fue una auténtica peregrinación. Así se expresaba Benedicto XVI en la homilía de la misa celebrada en la explanada del Santuario el 13 de mayo:

«Hermanas y hermanos amadísimos, también yo he venido como peregrino, a esta “casa” que María ha elegido para hablarnos en estos tiempos modernos. He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna. He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina, querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación. He venido a Fátima a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos. En definitiva, he venido a Fátima, con los mismos sentimientos de los beatos Francisco y Jacinta y de la sierva de Dios Lucía, para hacer ante la Virgen una profunda confesión de que “amo”, de que la Iglesia y los sacerdotes “aman” a Jesús y desean fijar sus ojos en Él, mientras concluye este Año Sacerdotal, y para poner bajo la protección materna de María a los sacerdotes, consagrados y consagradas, misioneros y todos los que trabajan por el bien y que hacen de la Casa de Dios un lugar acogedor y benéfico».

CRISTIANDAD dedica el presente número a la peregrinación del Papa a Fátima y reproduce las homilías y discursos que pronunció en los cuatro días de estancia en Portugal. Los textos tienen una unidad, que puede quedar reflejada en unas palabras pronunciadas a la llegada al aeropuerto de Lisboa: «La Virgen María bajó del cielo para recordarnos verdades del Evangelio que son una fuente de esperanza para la humanidad, fría de amor y sin esperanza de salvación». Nuestro colaborador José María Alsina, que estuvo presente en Fátima, concreta los objetivos del Papa en tres puntos: «confiar las alegrías y esperanzas de la humanidad a la Señora y muy especialmente la vida y el ministerio de los sacerdotes, consagrándolos a su Corazón Inmaculado; recordar la actualidad del mensaje de Fátima como permanente llamada a la oración, a la penitencia y a la conversión para que todos los hombres se salven y alcancen la santidad; invitar a “alegrarse plenamente en el Señor, porque su amor misericordioso, que acompaña nuestra peregrinación en esta tierra, es la fuente de nuestra gran esperanza”».

En estos tiempos de gravísima secularización, en estos tiempos en que la Iglesia, y el Papa en particular, son objeto de una campaña de difamación y calumnia, Fátima nos invita a la oración, a la penitencia y a la conversión, y nos conforta con la esperanza del triunfo del Corazón Inmaculado de María que prometió a los tres pastorcillos en Cova de Iria hace ahora noventa y tres años.

Una peregrinación bajo el signo de la esperanza

JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

El encuentro con los sacerdotes y consagrados

CON motivo del X aniversario de la beatificación de los videntes Francisco y Jacinta y la celebración del centenario del nacimiento de esta última Benedicto XVI visitó, como peregrino de la fe y testigo de amor y de esperanza, el santuario de Nuestra Señora de Fátima los pasados 12 y 13 de mayo.

Era la primera vez que, como Papa, acudía a este lugar santo, y lo hacía «movido por una deuda de gratitud con la Virgen María, quien precisamente aquí –decía en sus palabras pronunciadas ante los obispos portugueses– ha transmitido a sus videntes y a los peregrinos un amor intenso por el Santo Padre».

El viaje estaba programado mucho antes de que se cernieran sobre la Iglesia y la persona del «dulce Cristo en la tierra» todo el cúmulo de acusaciones lanzadas desde los medios de comunicación en los últimos meses. En este «vía crucis» misterioso por el que el Señor conduce a su Vicario y a su Esposa la Iglesia, la Señora ha querido salir al encuentro de quien nos preside en la caridad para que, consolado y confortado, pueda proseguir en su misión de conducir al rebaño de Cristo por las sendas de la fe, de la esperanza y del amor.

Tres podríamos decir que eran los objetivos del Papa en su visita a la «casa que María ha elegido para hablarnos en estos tiempos modernos»: confiar las alegrías y esperanzas de la humanidad a la Señora y muy especialmente la vida y el ministerio de los sacerdotes, consagrándolos a su Corazón Inmaculado; recordar la actualidad del mensaje de Fátima como permanente llamada a la oración, a la penitencia y a la conversión para que todos los hombres se salven y alcancen la santidad; invitar a «alegrarse plenamente en el Señor, porque su amor misericordioso, que acompaña nuestra peregrinación en esta tierra, es la fuente de nuestra gran esperanza».

Después de saludar a la Virgen en la Capelinha y ofrecerle una Rosa de Oro como signo de gratitud «por las maravillas que el Omnipotente ha realizado por su mediación en los corazones de tantos peregrinos que acuden a esta su casa materna», el Papa se dirigió a la basílica de la Santísima Trinidad don-

de presidió la oración litúrgica de las Vísperas acompañado por un grupo numeroso de cardenales y obispos y varios miles de sacerdotes, seminaristas y consagrados. En este encuentro de oración ante el Santísimo Sacramento expuesto en el altar el Papa quiso expresar el aprecio y el reconocimiento de la Iglesia a quienes han entregado sus vidas a Cristo, exhortando, a su vez, a tener como principal preocupación y empeño la fidelidad y la lealtad a la propia vocación. Como broche final de esta oración vespertina, Benedicto XVI se dirigió a la Virgen «Abogada y Mediadora de Gracia» para confiar a todos los sacerdotes a su Corazón Inmaculado rogándole: «que tu presencia haga reverdecer el desierto de nuestras soledades y brillar el sol en nuestras tinieblas, haga que torne la calma a la tempestad, para que todo hombre vea la salvación del Señor que tiene el nombre y el rostro de Jesús reflejados en nuestros corazones unidos para siempre al tuyo».

El rezo del Rosario ante la Señora en la Capelinha

CUANDO la noche había caído sobre aquel lugar donde hacía 93 años «el Cielo se abrió precisamente sobre Portugal, como una ventana de esperanza que Dios abre cuando el hombre le cierra la puerta», la multitud congregada junto a Pedro se dispuso a rezar la oración del Rosario junto a la Señora de la Capelinha. El Papa introdujo esta oración con una confesión dolorosa y una invitación profética a la misión y al testimonio: «En nuestro tiempo, cuando en extensas regiones de la tierra la fe corre peligro de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad más importante de todas es hacer a Dios presente en este mundo. No a un dios cualquiera, sino al Dios que ha hablado en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Cristo crucificado y resucitado (...) No tengáis miedo de hablar de Dios y de mostrar sin complejos signos de la fe, haciendo resplandecer a los ojos de vuestros contemporáneos la luz de Cristo...».

A continuación el Papa, reclinándose ante la Señora, dirigió el Santo Rosario recitando la primera

parte del avemaría en latín. La respuesta a la segunda parte realizada en la multitud de lenguas de los fieles allí presentes convirtió la enorme explanada en un Cenáculo donde las velas encendidas nos recordaron las llamaradas de fuego del primer Pentecostés. A los pies de la Virgen el Papa rezaba y sufría y mientras desgranaba cada avemaría iba depositando con confianza en el Corazón de la Virgen «las preocupaciones y las esperanzas de nuestro tiempo, los sufrimientos de la humanidad herida y los problemas del mundo».

La misa del 13 de mayo

UNA vez que se retiró el Papa dio comienzo una larga vigilia de oración que tuvo como pórtico la misa presidida por el Secretario de Estado del Vaticano, cardenal Tarcisio Bertone, y concelebrada por los cardenales, obispos y sacerdotes allí presentes. En la homilía de la misa, el cardenal, invitando a mirar a los Pastorcitos, recordó la actualidad y necesidad del mensaje evangélico de la infancia espiritual: «Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18, 3). Para entrar en el Reino, hemos de hacernos humildes, cada vez más humildes y pequeños, lo más pequeños posible: éste es el secreto de la vida mística. La verdadera vida espiritual comienza con un auténtico acto de humildad, renunciando a la difícil posición de sentirse siempre el centro del universo y abandonándose en los brazos del misterio de Dios, con alma de niño». La homilía del cardenal fue un hermoso preámbulo y la mejor preparación para todo lo que íbamos a vivir en la mañana de aquel inolvidable 13 de mayo.

A las 9.30 de la mañana las campanas del santuario empezaron a tañer con toda su fuerza, anunciando con gozo la presencia en el «altar del mundo» de quien, en nombre del Señor, venía a confirmar a su Iglesia en la fe, en la esperanza y en la caridad. Entre un mar de pañuelos blancos agitados por la multitud se abrió paso el papamóvil desde donde Benedicto XVI saludaba y bendecía a aquella multitud que en torno al medio millón de peregrinos se congregaba en la explanada. Mientras el Santo Padre se retiró a la sacristía para revestirse, la imagen de Nuestra Señora recorrió la explanada del Santuario. El fervor y el cariño de los fieles hijos de la Virgen acompañaron los pasos de la imagen hasta el altar donde el Santo Padre, unido a varios cardenales, casi un centenar de obispos y más de tres mil sacerdotes ofrecerían el sacrificio eucarístico.

El Santo Padre comenzó su homilía con estas palabras: «Yo he venido como peregrino, a esta “casa” que María ha elegido para hablarnos en estos

tiempos modernos. He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna. He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina, querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación. He venido a Fátima a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos. En definitiva, he venido a Fátima, con los mismos sentimientos de los beatos Francisco y Jacinta y de la sierva de Dios Lucía, para hacer ante la Virgen una profunda confesión de que “amo”, de que la Iglesia y los sacerdotes “aman” a Jesús y desean fijar sus ojos en Él, mientras concluye este Año Sacerdotal, y para poner bajo la protección materna de María a los sacerdotes, consagrados y consagradas, misioneros y todos los que trabajan por el bien y que hacen de la Casa de Dios un lugar acogedor y benéfico».

De este modo tan sencillo y profundo el Papa recordaba al mundo el «secreto» y la razón de ser de la Iglesia Santa, Esposa que es amada y ama siempre a su Señor. Los intentos por parte de los enemigos de fuera y de dentro de ensuciar el rostro hermoso de quien ha sido desposada con la sangre del Cordero nunca prevalecerán, porque en el Corazón de esta Esposa y Madre siempre late y laterá la Gran Esperanza, que es «que el Señor está con nosotros y que en su amor misericordioso se ofrece un futuro a su pueblo; un futuro de comunión con Él».

A continuación el Santo Padre poniendo como modelo y ejemplo a los pequeños videntes recordaría la actualidad del mensaje de Fátima. En primer lugar la llamada a la oración a través de la cual «Dios tiene poder de llegar hasta nosotros, en particular mediante los sentidos interiores, de forma que el alma recibe el toque suave de una realidad que se encuentra más allá de lo sensible y lo hace capaz de alcanzar lo no sensible, lo no visible a los sentidos... ¡Sí! Dios puede alcanzarnos, ofreciéndose a nuestra visión interior». Y como una llamada de atención de cómo la ausencia de oración es la más clara expresión de que la fe languidece, también entre los que nos llamamos creyentes, el Papa lanzaba esta pregunta: «Pero, ¿quien tiene tiempo para escuchar su palabra y dejarse fascinar por su amor? ¿Quién vela, en la noche de la duda y de la incertidumbre, con el corazón alzado en oración? ¿Quién espera el alba del nuevo día teniendo encendida la llama de la fe?»

En Fátima la Virgen vino a recordar que el mundo se salvará por la oración, porque de ella brota la Gran Esperanza y, en este sentido, recordaba el Papa: «La fe en Dios abre al hombre una esperanza cierta que no decepciona; indica un sólido fundamento sobre el que apoyar sin miedo la propia vida; requiere el abandono, lleno de confianza, en las manos del Amor que sostiene el mundo»



El santuario de Fátima con los retratos de los beatos Francisco y Jacinta, beatificados por Juan Pablo II el 13 de mayo del 2000.

El segundo aspecto en el que Benedicto XVI quiso centrarse en su homilía fue el valor y la importancia del sacrificio. El Papa recordando la actualidad del mensaje profético de Fátima, invitó a que cayéramos en la cuenta de la necesidad e importancia de responder a aquel ofrecimiento que la Virgen dirigió a los niños: «¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que quiera mandaros, en acto de reparación por los pecados con los que Él es ofendido, y de súplica por la conversión a los pecadores?» .

A continuación, el Papa, implícita pero claramente, hizo una referencia a los acontecimientos históricos que marcarían el siglo xx: «con la familia humana dispuesta a sacrificar sus vínculos más santos en el altar de estrechos egoísmos de nación, raza, ideología, grupo, individuo». Las apariciones de la Virgen en Fátima son precisamente la manifestación del corazón solícito de la Madre que ante estos hechos que sacudían y amenazaban la historia del siglo xx pediría como remedio y reparación la oración y el sacrificio de «cuantos se confían a ella al Amor de Dios que late en el suyo».

La homilía del Papa concluyó con una invitación a la esperanza por el hecho de que las palabras de la

Señora a los pastorcitos ya han sido acogidas por multitud de hombres y mujeres: «entonces eran sólo tres, cuyo ejemplo de vida se ha multiplicado en grupos innumerables por toda la superficie de la tierra». Y, con el deseo de que esta respuesta de amor de tantas almas que ofrecen su oración y su sacrificio pueda producir los esperados frutos prometidos por la Virgen, Benedicto XVI concluyó diciendo «que en estos siete años que nos separan del centenario de las Apariciones puedan apresurar el preanunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María para la gloria de la Santísima Trinidad».

La celebración de la misa tuvo una significativa conclusión. Queriendo poner de relieve la centralidad del culto a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, el Papa expuso el Santísimo Sacramento. Durante unos minutos el Vicario de Cristo permaneció de rodillas ante el Señor Sacramentado acompañado por el silencio y el fervor de los fieles que hacían presente a la Iglesia entera y a la humanidad. A continuación el Papa, antes de dar la bendición, dirigió unas hermosas palabras a los enfermos, recordándoles la misión de ser en unión con Jesús, «redentores con el Redentor».

Finalmente, la imagen de la Virgen fue llevada con las andas desde el altar hasta la explanada. El Papa fue siguiéndola con la mirada, mientras la Reina de Fátima se abría paso entre la multitud de hombres y mujeres, muchos de ellos jóvenes (centenares del «camino neocatecumenal»), que movían sus pañuelos como signo de despedida y amor filial a la Madre del Cielo.

Damos gracias a Dios por el inmenso don de esta peregrinación de Benedicto XVI, «signo luminoso de esperanza» para la Iglesia y la humanidad en medio de las tinieblas y oscuridades de nuestra historia. Y como resumen de la misma, recogemos las palabras que el Sucesor de Pedro dirigió en la audiencia del pasado 19 de mayo con las que se refirió a la experiencia vivida en la «casa de Nuestra Señora»: «Recordando las palabras del profeta Isaías, invité a esta inmensa asamblea reunida, con gran amor y devoción, a los pies de la Virgen a alegrarse plenamente en el Señor (cf. Is 61, 10), porque su amor misericordioso, que acompaña nuestra peregrinación sobre esta tierra, es la fuente de nuestra gran esperanza. Y precisamente de esperanza está lleno el mensaje comprometido y al mismo tiempo consolador que la Virgen dejó en Fátima. Es un mensaje centrado en la oración, en la penitencia y en la conversión, que se proyecta más allá de las amenazas, los peligros y los horrores de la historia, para invitar al hombre a tener confianza en la acción de Dios, a cultivar la gran Esperanza, a hacer experiencia de la gracia del Señor para enamorarse de Él, fuente del amor y de la paz».

«Vengo como peregrino de Nuestra Señora de Fátima»

Palabras del Papa a los periodistas durante el vuelo hacia Portugal

Martes, 11 de mayo

PADRE LOMBARDI.— Santidad, ¿qué preocupaciones y sentimientos tiene respecto a la situación de la Iglesia en Portugal? ¿Qué se puede decir a Portugal, profundamente católico en el pasado y que ha llevado la fe por el mundo, pero hoy en vías de profunda secularización, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito jurídico y cultural? ¿Cómo anunciar la fe en un contesto indiferente y hostil a la Iglesia?

PAPA.— Ante todo, buenos días a todos y espere-mos un buen viaje, no obstante la famosa nube bajo la cual estamos. Por lo que se refiere a Portugal, tengo sólo sentimientos de alegría, de gratitud, por todo lo que ha hecho y hace este país en el mundo y en la historia, y por la honda humanidad de este pueblo, que he podido conocer en una visita y con tantos amigos portugueses. Diría que es verdad, muy cierto, que Portugal ha sido una gran fuerza de la fe católica; ha llevado esta fe a todas las partes del mundo; una fe valiente, inteligente y creativa. Ha sabido crear mucha cultura, como vemos en Brasil y en Portugal mismo, así como en la presencia del espíritu portugués en África o en Asia. Por otro lado, la presencia del secularismo no es algo totalmente nuevo. La dialéctica entre secularismo y fe tiene una larga historia en Portugal. Ya en el siglo XVIII hay una fuerte presencia de la Ilustración; baste pensar en el nombre de Pombal. Así, pues, vemos que Portugal ha vivido siempre en estos siglos en la dialéctica que, naturalmente, ahora se ha radicalizado y se manifiesta con todos los signos del espíritu europeo de hoy. Y eso me parece un desafío, y también una gran posibilidad. En estos siglos de dialéctica entre Ilustración, secularismo y fe, nunca han faltado quienes han querido tender puentes y crear un diálogo, aunque, lamentablemente, la tendencia dominante ha sido la de la contraposición y la exclusión uno del otro. Hoy vemos que precisamente esta dialéctica es una *chance*, que hemos de encontrar una síntesis y un diálogo profundo y de vanguardia. En la situación multicultural en la que todos estamos, se ve que una cultura europea que fuera únicamente racionalista no tendría la dimensión religiosa trascendente, no estaría en condiciones de entablar un diálogo con las grandes culturas de la humanidad, que tienen todas ellas esta dimensión religiosa trascendente, que es una dimensión del ser humano. Por tanto, pensar que hay sólo una razón pura,

antihistórica, sólo existente en sí misma, y que ésta sería «la» razón, es un error; descubrimos cada vez más que toca sólo una parte del hombre, expresa una cierta situación histórica, pero no es la razón en cuanto tal. La razón, como tal, está abierta a la trascendencia y sólo en el encuentro entre la realidad trascendente, la fe y la razón, el hombre se encuentra a sí mismo. Por tanto, pienso que precisamente el cometido y la misión de Europa en esta situación es encontrar este diálogo, integrar la fe y la racionalidad moderna en una única visión antropológica, que completa el ser humano y que hace así también comunicables las culturas humanas. Por eso, diría que la presencia del secularismo es algo normal, pero la separación, la contraposición entre secularismo y cultura de la fe es anómala y debe ser superada. El gran reto de este momento es que ambos se encuentren y, de este modo, encuentren su propia identidad. Como he dicho, ésta es una misión de Europa y una necesidad humana de esta historia nuestra.

PADRE LOMBARDI.— Gracias, Santidad, sigamos entonces con el tema de Europa. La crisis económica se ha agravado recientemente en Europa y afecta particularmente también a Portugal. Algunos líderes europeos piensan que el futuro de la Unión Europea está en peligro. ¿Qué lección se puede aprender de esta crisis, también en el plano ético y moral? ¿Cuáles son las claves para consolidar la unidad y la cooperación de los países europeos en el futuro?

PAPA.— Diría que precisamente esta crisis económica, con su componente moral, que nadie puede dejar de ver, es un caso de aplicación, de concreción de lo que he dicho antes, es decir, que dos corrientes culturales separadas deben encontrarse; de otro modo no encontramos el camino hacia el futuro. Vemos también aquí un falso dualismo, esto es, un positivismo económico que piensa poderse realizar sin la componente ética, un mercado que sería regulado solamente por sí mismo, por las meras fuerzas económicas, por la racionalidad positivista y pragmatista de la economía; la ética sería otra cosa, extraña a esto. En realidad, ahora vemos que un puro pragmatismo económico, que prescinde de la realidad del hombre —que es un ser ético— no concluye positivamente, sino que crea problemas insolubles. Por eso, ahora es el momento de ver cómo la ética

no es algo externo, sino interno a la racionalidad y al pragmatismo económico. Por otro lado, hemos de confesar también que la fe católica, cristiana, era con frecuencia demasiado individualista, dejaba las cosas concretas, económicas, al mundo, y pensaba sólo en la salvación individual, en los actos religiosos, sin ver que éstos implican una responsabilidad global, una responsabilidad respecto al mundo. Por tanto, también aquí hemos de entablar un diálogo concreto. En mi encíclica *Caritas in veritate* —y toda la tradición de la doctrina social de la Iglesia va en este sentido— he tratado de ampliar el aspecto ético y de la fe más allá del individuo, a la responsabilidad respecto al mundo, a una racionalidad «performada» de la ética. Por otra parte, lo que ha sucedido en el mercado en estos últimos dos o tres años ha mostrado que la dimensión ética es interna y debe entrar dentro de la actividad económica, porque el hombre es uno y se trata del hombre, de una antropología sana, que implica todo, y sólo así se resuelve el problema, sólo así Europa desarrolla y cumple su misión.

PADRE LOMBARDI.— Gracias. Hablemos ahora de Fátima, donde tendrá lugar un poco el culmen también espiritual de este viaje. Santidad, ¿qué significado tienen para nosotros las apariciones de Fátima? Cuando usted presentó el texto del tercer secreto de Fátima en la Sala de Prensa Vaticana, en junio de 2000, estábamos varios de nosotros y otros colegas de entonces, y se le preguntó si el mensaje podía extenderse, más allá del atentado a Juan Pablo II, también al sufrimiento de los papas. Según usted, ¿es posible encuadrar igualmente en aquella visión el sufrimiento de la Iglesia de hoy, por los pecados de abusos sexuales de los menores?

PAPA.— Ante todo, quisiera expresar mi alegría de ir a Fátima, de rezar ante la Virgen de Fátima, que para nosotros es un signo de la presencia de la fe, que precisamente de los pequeños nace una nueva fuerza de la fe, que no se reduce a los pequeños, sino que tiene un mensaje para todo el mundo y toca la historia precisamente en su presente e ilumina esta historia. En 2000, en la presentación, dije que una aparición, es decir, un impulso sobrenatural, que no proviene solamente de la imaginación de la persona, sino en realidad de la Virgen María, de lo sobrenatural, que un impulso de este tipo entra en un sujeto y se expresa en las posibilidades del sujeto. El sujeto está determinado por sus condiciones históricas, personales, temperamentales y, por tanto, traduce el gran impulso sobrenatural según sus posibilidades de ver, imaginar, expresar; pero en estas expresiones articuladas por el sujeto se esconde un contenido que va más allá, más profundo, y sólo en el curso de la historia podemos ver toda la hondura,

que estaba, por decirlo así, «vestida» en esta visión posible a las personas concretas. De este modo, diría también aquí que, además de la gran visión del sufrimiento del Papa, que podemos referir al papa Juan Pablo II en primera instancia, se indican realidades del futuro de la Iglesia, que se desarrollan y se muestran paulatinamente. Por eso, es verdad que además del momento indicado en la visión, se habla, se ve la necesidad de una pasión de la Iglesia, que naturalmente se refleja en la persona del Papa, pero el Papa está por la Iglesia y, por tanto, son sufrimientos de la Iglesia los que se anuncian. El Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Lo importante es que el mensaje, la respuesta de Fátima, no tiene que ver sustancialmente con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales. De este modo, respondemos, somos realistas al esperar que el mal ataca siempre, ataca desde el interior y el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia.

PADRE LOMBARDI.— Gracias, Santidad, por la claridad, por la profundidad de sus respuestas y por esta palabra final de esperanza que nos ha ofrecido. Le deseamos sinceramente que este viaje tan intenso se desarrolle serenamente y que pueda llevarlo a cabo con toda la alegría y profundidad espiritual que el encuentro con el misterio de Fátima nos inspira. Buen viaje a usted, e intentaremos hacer bien nuestro servicio y difundir objetivamente lo que usted haga.

